

El santo leproso

JOSÉ LUIS ONTIVEROS

Tú publicarás esto, hijo mío, el día en que el Desprecio y el Dolor hayan logrado que crezcas lo bastante como para ambicionar el supremo honor de ser incomprendido.

León Bloy

La sombra purulenta se arrastraba pegada a las paredes; el gris del muro parecía reflejar el fondo oscuro de su alma; los muñones eran levantados con orgullo, como si se tratara de las finas manos de un pianista; la gente, perturbada por su presencia inmunda, se recogía en los portales de sus casas o se echaba a una fuga simulada dando grandes zancadas. Aún las ancianas enfermizas y temblequeantes andaban con más prisa que de costumbre, asiendo sus bastones, como si se tratara de un arma defensiva. Los niños con el rostro manchado por jugar canicas y llevarse las manos terrosas al rostro, se escondían detrás de las caderas de sus madres, ceñidas por pantalones ajustados, de acuerdo con la moda concupiscible y apreciada de la carne en venta.

Los sacerdotes con sus alzacuellos impecables –lavados por monjas con lujuria contenida– se apartaban con discreción de su camino. Sólo los perros lo seguían, pues olían en él la descomposición presta del fiambre que pronto se agusanará, afectos a sumergir sus hocicos en los basureros. Era el santo leproso, el intocable, el verdadero paria, el que hacía que los miserables se sintieran opulentos y soberbios. Nadie en la tierra podía soportarlo, ¡y con razón!, como si un ángel en el cielo olvidara los

himnos de la Gloria al Altísimo. Él continuaba caminando, portando su miseria despreciativa y provocadora.

Nadie sabía cuál era su historia, ya que además de producir horror en quienes lo veían, se arrojaba en el silencio que daba a sus andrajos un tono solemne, como de un hidalgo venido a menos por azares de la fortuna. En su declinante figura se atisbaba una dignidad extraña, una piedad sacrilega, un tono de soberbia en su andar renco. De pronto, las damas más distinguidas no podían ocultar el rubor que les producía su descarada mirada que iba más allá de la carne, que veía el fondo secreto de su alma. Era tan odiado que ni siquiera las sirvientas le apartaban las sobras: preferían tirarlas en la calle o



Antonio Ledesma

dárselas a los furtivos ratones que, en toda casa respetable, existen en su enigmática condición de invisibilidad. Las barrían concienzudamente con la escoba, igual que el cirujano que clava el escalpelo en un paciente anónimo –con la concentración que poseen las mucamas en el trazo de su limpieza exhaustiva por los rincones, quehacer que realizan de manera aséptica y distante con sus cubre-bocas– y que ve fluir la sangre de quien ha tenido que entregarse a sus ritos.

Sorpresivamente, el hombre pernicioso me observó. Yo fingí que estaba muy entretenido en la lectura de un libro sobre escafandras y artes submarinas, una antigüalla que sólo llevaba a los cafés para que los ingenuos aprendices de escritor comentaran que yo tenía libros muy raros que naturalmente no comprendía, de la misma forma en que el misterio de la Eucaristía y la Transubstanciación –elevadas al latín de la Iglesia Romana en la misa tridentina– logra apagar los impulsos levantiscos del pueblo que no entiende las palabras sagradas, y que por ello mismo lo son en la cabalidad de su misterio.

Así pasaba por escritor de manías particulares y erudiciones estériles pero redituables para el círculo de mis ignaros admiradores, al punto que en las editoriales los dictaminadores expresaban que “todo ya lo sabía, y que nada escapaba de su prodigiosa inteligencia, desde los Círculos del Infierno hasta la manera de decir en un italiano macarrónico ¡mama mia!”.

No pude lograr que se alejara, por más que intenté hacer visajes como cuando me entrevistan o cuando recibo premios por mi enorme y desmesurada calidad literaria. De esta forma he reunido casi todos los galardones, becas, sinecuras, diplomas y reconocimientos hasta un grado inverosímil, como sucedió el día que me enfermé y, en lugar de trasladarme al hospital, mi querida y fiel mujer –Ofelia– me intentó llevar directamente a la Rotonda de los Hombre Ilustres sin más trámite; en lugar de atenderme, hizo que me modelaran una mascarilla para que se conservara el gentil porte de mi rostro iluminado. Mas ya no podía perderme en elucubraciones sobre mi compro-

bada inmortalidad incorruptible, pues el leproso se había sentado muy cerca de mí.

Yo había sido campeón de box en una escuela gringa donde estudié y rendí honores a la bandera de las barras y las estrellas, lábaro por el que siento una vergonzante inclinación que debo reprimir en un país de bárbaros y necios patrioterros. Pero ya nada podía salvarme de ese contacto que se aproximaba como el cáncer se apodera de las células y luego se extiende triunfal e invencible por el organismo hasta carcomerlo con escrupulosidad. Por ello deseché la idea de tirarle un uppercut a la mandíbula, como cuando dejé noqueado a mi jardinero, un mocito muy majadero de trece años de edad pero no por ello menos peligroso, y sumergí su cogote en el libraco como si leyera mi fascinante horóscopo.

Lo que faltaba: el leproso farfulló:

–¿Qué lee Usted joven tan apreciado?

No supe qué contestarle e intenté mirar a una mosca verdinegra que rondaba por sus harapos dando pasos romanos con grácil y etéreo estilo alrededor de su ulcerada piel. Por un momento pensé que esa mosca tan precisa en sus movimientos era semejante al sacerdote que lava el cáliz con cuidadosa higiene para que otros labios lo tomen y se actualice el sacramento instituido en la Última Cena.

–Le digo que es usted un portento de atención intelectual –volvió a insistir el vejete hediondo.

He de confesar que su lenguaje me sorprendió y que quedé por un momento libre de mi repulsión al confirmar que aun un infeliz supiera de mí y de mi imprescindible trascendencia para el espíritu en este pobre país de iletrados. De ahí que le dijera “Vaya Usted con Dios” tal como señalan los manuales de urbanidad cuando uno se niega a dar limosna a los mendigos.

–Quiero, Ilustre, decirle tres palabras –me expresó con sus encías podridas y sus dientes reducidos a pequeñas astillas negruzcas. Me dieron ganas de responderle que ya había dicho más de tres palabras y que se retirara, pero tuve temor de anonadarlo con mi ingenio, pues suelo comulgar los domingos y no tenía ganas de formarme en el

confesionario con los pecadores vulgares que sólo fornican, medran, mienten.

Le espeté: –¡Hable pronto, pues tengo que irme!

El lector tiene en estos momentos todo el derecho de detenerse, pues esto no es más que un cuento y, como tal, ya ha demostrado metáforas y su dramatismo, pero quien quiera enterarse puede hacerlo. Y preguntó:

–¿Sabe Usted por qué la gente me odia y se aparta de mí? Iba a responderle con sensatez, cuando prosiguió sin darme tiempo: –No es por mi desaliño ni por mis muñones, los cuales agitó cínicamente como si no fueran asquerosos. Me temen porque leo sus corazones.

–¿Qué hace Usted? –pregunté intrigado.

–Sí, yo leo en los hombres lo que usted escribe en los libros

–No me diga –afirmé con demoledor escepticismo.

–No temen a mi lepra ni a mis andrajos tan cuidadosamente repulsivos; temen a mi lengua –y a continuación me la mostró: una larva viscosa que se agitaba rosada en la negra boca.

–¿Puede usted probarlo? –pregunté para mi desgracia

–¡Claro! De la misma forma en que el Crucificado cargó con los pecados de todos los hombres y fue encumbrado por los judíos que lo escarnecieron y dieron muerte.

–¿En verdad? –volví a inquirir, estúpidamente.

–Sí; por ejemplo, usted cree que es muy importante, pero en los entresijos de su alma sabe que es insignificante.

Tuve que admitir –a regañadientes– esa miserable verdad. Lo que despertaba más mi acrimonia es que el astroso perturbador fuera quien me obligaba a decir la verdad, lo que siempre había rechazado con firmeza en la vida. ¿Así eran de vacilantes mis convicciones más apreciadas, las que me habían valido mi nombradía y mi fortuna...?

Estaba a punto de levantarme indignado y darle un ligero puntapié con mis zapatos de gamuza inglesa, cuando se rió con una risa lépera, altisonante, ruidosa.

–¿De qué se ríe –le reproché ya molesto.

–De mi mala costumbre de decir la verdad, y esa manía mía me ha valido la desgracia –continuó. –Soy un santo deforme, un espantajo beatífico, un grito solitario –y siguió riéndose cada vez más fuerte. No pude tolerarlo por más tiempo. Sólo escuché que musitaba algo que para mí ya era inaudible; dando grandes pasos me alejé de esa banca y me fui caminando a mi mansión en Coyoacán, donde veo crecer los árboles en los que figuran, en sus ramas orladas de verde, las guirnaldas de mi gloria ceñidas en la frente del poeta.

Al otro día, revisando mi sección favorita en el periódico –la de la nota roja– leí: “Mendigo asesinado en el parque La Asonada. Apareció apuñalado un hombre desconocido; se sabe de él por la zozobra que provocaba su aspecto repugnante”. Entonces miré sin pensar mis manos, dónde estaban mis dedos –largos y marmóreos– mis manos que han recibido tantos premios, que han escrito renglones eternos, y mis palmas, y mis uñas con manicure; en su lugar, amputadas, observé unos muñones infectos; se había desprendido la gloria de mis manos, como si con ellas cayera en un yermo la falsificación de mi existencia. De esta manera, vengativa y dolorosa, fue que entendí tardíamente el susurro de su maldición. Quizá cometí, por una vez en mi vida, la suprema torpeza de decir la verdad.



Fernando Correa